

Círculo de armonías

María Sergia (Guiral) Steen

Imaginé a todas mis postales navideñas conversando en círculo. Compartiendo y contándose las cosas escritas dirigidas a mí. Eran de colores con portadas memorables. Me traían todos los recuerdos queridos y reiterados cada año. Justo, las había dejado al acostarme en pie, medio-abiertas, para que pudieran comunicarse y saludarme cada día, con un: “*Felices Pascuas, nenita*”.

Por la noche, tuve un sueño profundo, emocionante y triste, del que parecía no haberme despertado. Me levantaba, me vestía y acudía a visitarlas para compartirlas novedades— si las había— chiquilladas si quieres, pero que serían del agrado de mis corresponsales y amigos en esos coloquios diarios. Pero... al acercarme a la mesa me di cuenta, casi sin poderlo creer, que había flores diferentes sobre la mesa. La superficie, antes poblada con sus imágenes, colocadas en círculo, se veía desierta, vacía. ¡Cómo! ¡Habían desaparecido! ¡No me situó! ¡Qué ha pasado?

Fui a la cocina y miré al calendario: claro, habían pasado diez años entre entonces y ahora. Como un susurro, creí oír una voz diciéndome que lo de las tarjetas ‘ya no se usaba’— creo que salía de la caja de la alarma situada en el salón— ¿Pero qué es esto? Abrí la puerta a la calle, busqué el buzón de correos y no existía— solamente un calendario-recordatorio del día de la semana en que se me avisaría, si alguien, mandaba correo ‘en papel’—. La distribución se hacía a través de una central de recogidas, casi nula.

¿Quién será responsable de este desconcierto? Me dirigí al teléfono para conseguir información de la central y averiguar quién o qué era la causa del cambio’, aunque antes,

consulté en la guía el distrito que me correspondía. El número, bajo “Oficina de correos”, estaba tachado. Se leía: ‘Busque bajo correspondencia en papel’. Llamé y me contestaron:

— ¿Correos, dice ‘correos’? ¿De qué planeta viene?

— ¿Qué? De la tierra simpático o ¿es que hemos cambiado también?

— No señora. Encuentro su pregunta bastante extraña. Se pasó una orden, hace diez años, anulando el servicio de carteros. Era muy costoso. El correo se había reducido a panfletos, y otras tonterías.

— Pero esto es de incumbencia nacional.

— Lo que usted piense no viene al caso. Tenemos correo electrónico. En internet abra el *e-mail* oficial: fgt@uutp.dit con su nombre, cuatro apellidos, dirección, fecha de nacimiento y la clave de su seguridad social. En fin, lo de siempre.

—¿ Lo de siempre? Señores, ¡buena nos la han hecho! No sé si darle las gracias o no.

—Como quiera. Siempre hay confundidos como usted.

Entré al *e-mail*, y justo ahí estaba el correo: breve, seco, de algunas personas, para felicitarme ‘las vacaciones’. No muchas de las de toda la vida, porque no entendían de computadores. Los participantes tampoco parecían usar lo de “Feliz Navidad” o lo otro de ‘Deseos de paz’ y demás. Alguno se leía así:

“Hola, o *hi*, un besazo. Buenas fiestas. Tengo que salir. *Au revoir, mon amour*”. Paquita.

“Chica, Juanita, qué haces. Me voy a algún sitio donde haya sol en estas vacaciones. ¿Y tú? No contestes. No escribo mucho en estos días”. Paula.

“Querida amiga: Recibí tu tarjeta y me alegro, pero mejor uso el *e-mail*. Por aquí bien y reunidos estos días. Un abrazo”. Mercedes.

“Hola Juanita. Besos.” Chelo.

De *lo de siempre* como: Hola Juanita, ¿lo pasas con tus hermanos en las islas, o tienes invitados? De eso, nada. No era solo no recibir saludos y buenos deseos, vía papel, sino que se me negaban experiencias personales con los carteros, como la que tuve con Daniel— el que un buen día, me salvó la casa—.

Ocurrió que me hallaba angustiada porque no sabía que le había pasado a mi hijo en el trabajo. Pensaba que de nuevo lo había perdido y al salir hacia la oficina, di un portazo— supongo que por los nervios— y no se cerró bien la puerta. Al día siguiente, Daniel tocó al timbre y me dijo: “Mire ayer cuando pasé a dejar el correo, me encontré la puerta abierta y me asusté. Llamé a su vecina para que me asistiera y así entrar juntos, por si acaso. Muy amable accedió, pero no encontramos a nadie dentro. Salimos sorprendidos y dejamos la casa bien cerrada, claro”.

— ¿Pero qué me dice, Daniel? La verdad es que no estoy bien. Mire, tenía agobio y prisa. No me di cuenta de lo que hacía. Usted se merece mi mayor reconocimiento, y por supuesto, una recomendación a sus superiores. Deme su apellido para escribirle una carta al *manager* de su distrito o mejor al Jefe de Correos de la central.

Así lo hice. Daniel tenía la ruta en firme y de vez en cuando le sacaba agua o un refresco durante el agobio del verano. Esto ya no ocurriría.

Me siento ajena a todo esto. Se nos va cortando el trato personal, pensé. Esto es un ataque directo al ser humano y debo hacer algo. Cuando llamé a ‘correos’, nadie me entendía. Me consideraron de otra galaxia. ¿Dónde busco apoyo? —me dije—.

De repente, llamaron a la puerta con un mensaje ‘oral’ con música. Se oyó: “Soy Paul. Le hablo desde mi coche teledirigido enfrente de su casa, aunque en realidad estoy en mi oficina. No puedo entretenerme mucho, pero tiene una tarjeta escrita ‘en papel’ que el coche le disparó hacia

la puerta y ahí la tiene pegada. Le había avisado por el calendario de correos que proveemos, pero usted no contestó. Si no da resultado el procedimiento, es posible que usemos *drones* en el futuro. Son muy seguros. Mire, siento molestarla. De veras que para mí es un acontecimiento que pueda posicionar al vehículo delante de su casa y al menos saludarla con correo en papel”.

—Paul, es usted un encanto. Estoy merma de comunicación y aunque veo ventajas en el nuevo sistema, la verdad es que el cambio me ha dejado conmocionada. ¿Es usted real o me lo *pasan como tal*? ¡Como no lo veo, no me fío de nada!

—Sí, tengo pelo negro, grandes cejas y soy algo bajo. Dudo que me pueda presentar en persona.

Nunca supe nada más de Paul porque mensajes de papel, por lo visto, no había. Me sentía fuera de órbita. No era yo. No sé que me pasaba ni si todo era una broma. Comencé a mirar por la ventana con detenimiento para ver si mis vecinos todavía residían en las casas o también habían desaparecido. Los de enfrente eran otra familia, algo mayor. Me asomé a la puerta y nos saludó; parecían más amables. Ya no recuerdo más.

Y ocurrió que en todo mi apuro y ya saliendo de mi ensueño, llamaron otra vez a la puerta. Sería Paul con correo de papel, pensé. No, esta llamada era normal, de timbre, sin música. ¡Qué felicidad! Tenía enfrente a Natalia, de carne y hueso, con su maletín de ventas y ofertas de Mary Kay. El aire que entró por la puerta casi derriba todas las felicitaciones. Estaban tal y como las había dejado la noche anterior. Rompí en aparatosos sollozos de pura alegría.

— Juanita, hija, ¿te pasa algo?

— Perdona, Natalia. Es por mis tarjetas de Navidad que las creía desaparecidas.

— Pues si quieres vuelvo otro rato. Esta es la fecha que me dijiste te convenía más.

Ya ves que ‘la casa’ está al servicio del cliente, como de costumbre; continuamos con la comunicación personal de que hacemos gala.

— Precisamente en eso estaba. No te rías, pero dialogo con mis tarjetas y las dejo de pie, abiertas, para que me cuenten más y entre ellas se comuniquen con mis corresponsales. Sheila, mi ahijada, vive en una granja y no sabía nada de Mona, mi amiga de Italia que reside ahora en Tenerife. A veces, cuando me pongo a leer la prensa cerca de la mesa donde siempre están, las he oído hablar animadamente sobre su vida y la de los otros corresponsales. De paso, me entero de todo.

— ¡Qué suerte tener tantos amigos y poder disfrutar tan personalmente de ellos!

— Natalia, hay que andar precavido con tantas cosas nuevas que no nos adelantan el sabor de vivir. A eso voy. Imagínate que pérdida si se nos priva de esos momentos gozosos de esperar a que lleguen, abrirlas, leerlas y contestarlas. En una de las tarjetas Débora, de la parte norte, me describe lo que tienen programado para el 25 con el *ski* y el patinaje, con toda su familia. La tarjeta la leyó Ramona, mi prima; luego, habló con Débora y ya se han puesto de acuerdo para ir juntos.

—Bueno, hablemos de tus cosméticos. ¿Tienes mi crema para las manos?...¡Ay! Perdona un momento. Me parece que tenemos un nuevo cartero. Lo veo sacar sus bártulos y cerrar la puerta del todo terreno.

Salí.

— ¡Hola! ¿Tiene esta ruta ahora? A Daniel, el último en distribuir el correo, ya no lo veo.

—Sí. Me llamo Esteban. A su servicio. Aquí tiene el correo señora que está bien aplaudido. Por cierto, la razón por la que llevo esta zona es porque últimamente se nos está

multiplicando de tal manera la correspondencia que tenemos dos personas de servicio, yo y José que está de noche y los fines de semana. Y hasta es posible que tengamos que usar gente extra para periódicos, anuncios y demás. Hay también medios mecánicos que pensamos programar para el futuro.

— ¡Vaya con las innovaciones! Mire, cualquier cosa con tal de que nos traigan el correo en persona. ¿Pero no será peligroso tener máquinas distribuidoras? Me da miedo.

— No, descuide. Todo está bien programado. Nosotros, en cualquier caso, nos ocuparíamos del manejo. ¡Señora! Vivimos una epifanía y no podemos con todo. Nos han llegado cientos de peticiones para que se mantengan las rutas tal y como están.

¡Qué maravilla!— me dije—. Ya decía yo que no podía ser lo del correo mecanizado. Esteban se despidió y siguió su camino.

Después de atender a Natalia y elegir las cremas de siempre, me senté en el sillón y empecé mi multi-diálogo con mis tarjetas y me enteré de ‘otras’ cosas que no me decían por escrito—hay asuntos que solo se pueden comentar en coloquio—. Se me ocurrió crear una especie de juego de posiciones. La tarjeta de Luis la puse enfrente de la de Esmeralda y he sabido que se van a cartear como consecuencia de ese encuentro. La de Isabel la coloqué al lado de la de Julieta, hace mucho que no se comunicaban y por fin hablaron largo y tendido.

De las conversaciones salían armonías que yo conocía. Y me dije: “Las voy a guardar sin cerrar, sobre la mesa, para que la música siga”.

Y de esto hace un año.

María Sergia (Guiral) Steen

2701 Manchester St.

Colorado Springs, CO.80907.EE.UU.

Tlno: 1-719-598-6770

msteen@uccs.edu

Nota biográfica:

Nacida en España (Zaragoza) con domicilio en EE.UU. Profesora de literatura española en la Universidad de Colorado, con especialidad en el siglo XX. Autores: Ana María Matute, Carmen Martín Gaité, Antonio Muñoz Molina, Javier Marías, Javier Cercas, Manuel Rivas, y más.